

Carta de Nueva York

Nunca las volveremos a ver

Eduardo Lago

Es difícil expresar nada en estas circunstancias. Salí de Manhattan el día 11, poco antes de las 10 de la mañana, y cuando el tren emergió del túnel de Grand Central, al cruzar el río Harlem, vi la nube de humo negro, en la distancia. Un estudiante mío me dijo que unos aviones de pasajeros se habían estrellado contra las Torres Gemelas y que éstas se habían derrumbado. Le dije que no podía ser, que en situaciones de caos la gente propaga rumores absurdos. Pero cuando llegué a la universidad no tenía a ningún alumno en clase. En el auditorio de Sarah Lawrence se había instalado una macropantalla, y entonces vi las imágenes que todos vosotros habéis visto. En los canales hispanos (en los demás no) se veían escenas de gente saltando al vacío. Quise volver inmediatamente a Manhattan, pero habían cerrado la Isla. Masas de miles de personas huían de la ciudad ordenadamente, atravesando a pie los puentes, en dirección a Brooklyn, el Bronx y New Jersey. Dentro de la Isla de Manhattan, también subían riadas de ejecutivos: millares y millares, los hombres con chaqueta y corbata, las mujeres con traje de negocios, la mayoría sin la cartera o el portafolio de trabajo, que tuvieron que abandonar precipitadamente en la oficina. Una vez que se salía de Manhattan, ya no se podía volver. Los teléfonos no funcionaban, ni tampoco ningún sistema electrónico: las tarjetas de los bancos, etc. No sé cómo transcurrió el día: recuerdo que se hacían discursos tratando de calmar los ánimos. Muchos hablaban de amigos, de familiares que trabajaban en el World Trade Center, de los que no se sabía nada. A lo largo del día ni siquiera funcionaban los teléfonos celulares. Sólo el correo electrónico. A eso de las ocho de la tarde, aunque las carreteras y los puentes seguían cortados, se restauraron en parte los servicios de tren: se podía regresar a la ciudad por Metro North, vía Grand Central. En la calle 42, una vez en Manhattan, no había transportes públicos en dirección sur. Tuve que volver a casa andando. Había un silencio antinatural en la ciudad. Durante el día algunos grupos de cazas habían sobrevolado Bronxville. Por la noche, en Manhattan había enjambres de helicópteros. Hacia el Sur no se veía el perfil de las Torres Gemelas: Nueva York es impensable sin ellas. Después de mirar mucho rato a aquel vacío inexplicable, volví la vista hacia *Mid-town*.

Aunque totalmente apagado, el Empire State Building seguía en pie, como recordando que había algún contacto con la realidad, y algo más al norte, a la derecha, se veían las lucecitas blancas de la cúpula del Chrysler. Se podía caminar por en medio de las avenidas semiiluminadas. Los que habían logrado entrar en Manhattan, regresaban a sus casas a pie. Por toda la ciudad cruzaban coches a gran velocidad, en silencio, de modo aislado. No había taxis. Los había ocupado la policía, igual que las furgonetas de reparto. Todas las zonas estaban acordonadas, pero no había sensación de peligro, sólo de extrañeza. Más al sur de la calle 14 no te dejaban pasar sin documentación que demostrara que vivías allí. Todo el Oeste, por debajo de Canal Street, había sido evacuado. La hija de un amigo, de seis años, repetía como en un sueño, que había visto a la gente saltar por las ventanas. Empezaban a funcionar los teléfonos: por todas partes, se veía a la gente hablando por los móviles, apaciblemente, en voz baja, sin histeria. Los neoyorquinos se buscaban unos a otros; salían a hablar en las escaleras de los porches; preferían ver la televisión en grupos, en cafés y bares. Nadie inventaba historias que resultaran exageradas: era imposible hacerlo, dada la realidad de los hechos. Sobre toda la ciudad pesaba un profundo, extrañísimo silencio, que sólo rompían de cuando en cuando las sirenas. En todas partes se veían destellar luces azules o rojas. Muchos taxis habían quitado los asientos traseros para poder transportar cadáveres: eso decían las noticias. Creo que la imagen que se me ha quedado más profundamente grabada es la de un parquecito que hay en la calle 28, junto a un hospital de beneficencia. No había ambulancias, sólo una pequeña tribu de *homeless*, que siempre están allí, gritando y bebiendo. Ayer no. Estaban sentados donde siempre, pero calmados, leyendo el *New York Post*, en silencio. Por la mañana todo era aún más extraño, y la gente empezaba a entender lo que había pasado. Nadie había ido a trabajar, siguiendo las instrucciones del alcalde, Rudolph Giuliani. Muchísimos establecimientos estaban cerrados. La gente estaba sentada delante de las casas. Por todos lados había cartelitos ofreciendo alojamiento, comida, ayuda psicológica, y pidiendo que se donara sangre en los hospitales. Pero lo importante no es el número de heridos, sino el de los muertos que están atrapados entre los escombros. Hay alguna gente que siente necesidad de dar salida a un sentimiento de odio. En algunos barrios la policía obligaba a los árabes a cerrar los *Delis*, para protegerlos. Pero no era el sentimiento predominante: lo que se manifiesta de una manera que no es posible explicar bien es una tristeza infinita. Todo el mundo, todo en la ciudad, trasluce ese sentimiento. Ahora que se podían recibir llamadas, se bloqueaban las líneas. Muchos de mis amigos se habían ido a dormir a casas de otros, algunos porque no podían

volver a casa, la mayoría porque en esta ciudad de solitarios, esa noche hacía falta hablar con alguien, sentir algo de protección. Día segundo. Desde las seis de la mañana, la gente sale a comprar el *New York Times*, pero no llega. Por las calles sin coches, la gente pasea despacio. Hace un día perfecto de luz y sol y temperatura, como ayer. Sólo hay unos cuantos días así en todo el año. Los habitantes de Nueva York no sabemos bien qué sucede al sur de la ciudad: o sabemos lo mismo que en Europa, lo que dice la televisión. Cuando nos cruzamos por la calle, nos miramos sin decir nada, comunicando algo que no se puede expresar con palabras. En las cabinas telefónicas han aparecido carteles de otro tipo. Como si alguien hubiera dado instrucciones muy precisas, son de formato casi idéntico: fotocopias en color, con la imagen y el nombre de la persona, el número de planta del World Trade Center donde trabajaba, para qué compañía, en qué torre, y un teléfono al que llamar. La cantidad de personas que participan en las labores de rescate ha aumentado enormemente. Vienen de todas partes del país. En un restaurante de lujo, una imagen insólita: gente sucia, cubierta de polvo, comiendo atendida por camareros elegantes. Hoy, son los únicos clientes. En la puerta, otro cartel más: se les pide que entren a comer, a tomar lo que necesiten, y en los momentos de descanso, a la ida o a la vuelta de un trabajo sin horario, pasan al interior, por un momento. De noche, otra escena insólita: hileras de catres, cubiertas con una sábana blanca, en el hall de un edificio, para los que no tengan donde dormir. En la acera hay puestos de café, bebidas y bocadillos. Se han habilitado algunas escuelas para que sirvan de dormitorios. Desde ayer por la tarde, el viento dejó de soplar hacia Brooklyn. Flota sobre Manhattan un intenso olor a quemado. Dicen que en el aire flotan partículas de amianto. Mucha gente lleva mascarillas blancas. Tercer día por la mañana: el mismo silencio. En la esquina de la calle 14 con la sexta avenida un transeúnte se para delante de un policía, y éste le dice que sólo pueden pasar los residentes. Es un negro de unos cincuenta años que hace un gesto negativo con la cabeza, dando a entender que no tiene intención de pasar, aunque parece que siente necesidad de expresar algo. Levantando la mano muy despacio, señala hacia el sur. Hay una nube de humo y polvo. Las torres se elevaban a una altura de casi medio kilómetro. El hombre apunta con el dedo índice hacia un punto concreto del espacio. Estaban ahí, agente, le dice. El policía vuelve la mirada un momento y asiente. Antes de apremiarle con un gesto que quiere ser amable a que siga andando, oigo que le dice: Así es. Nunca las volveremos a ver.

